

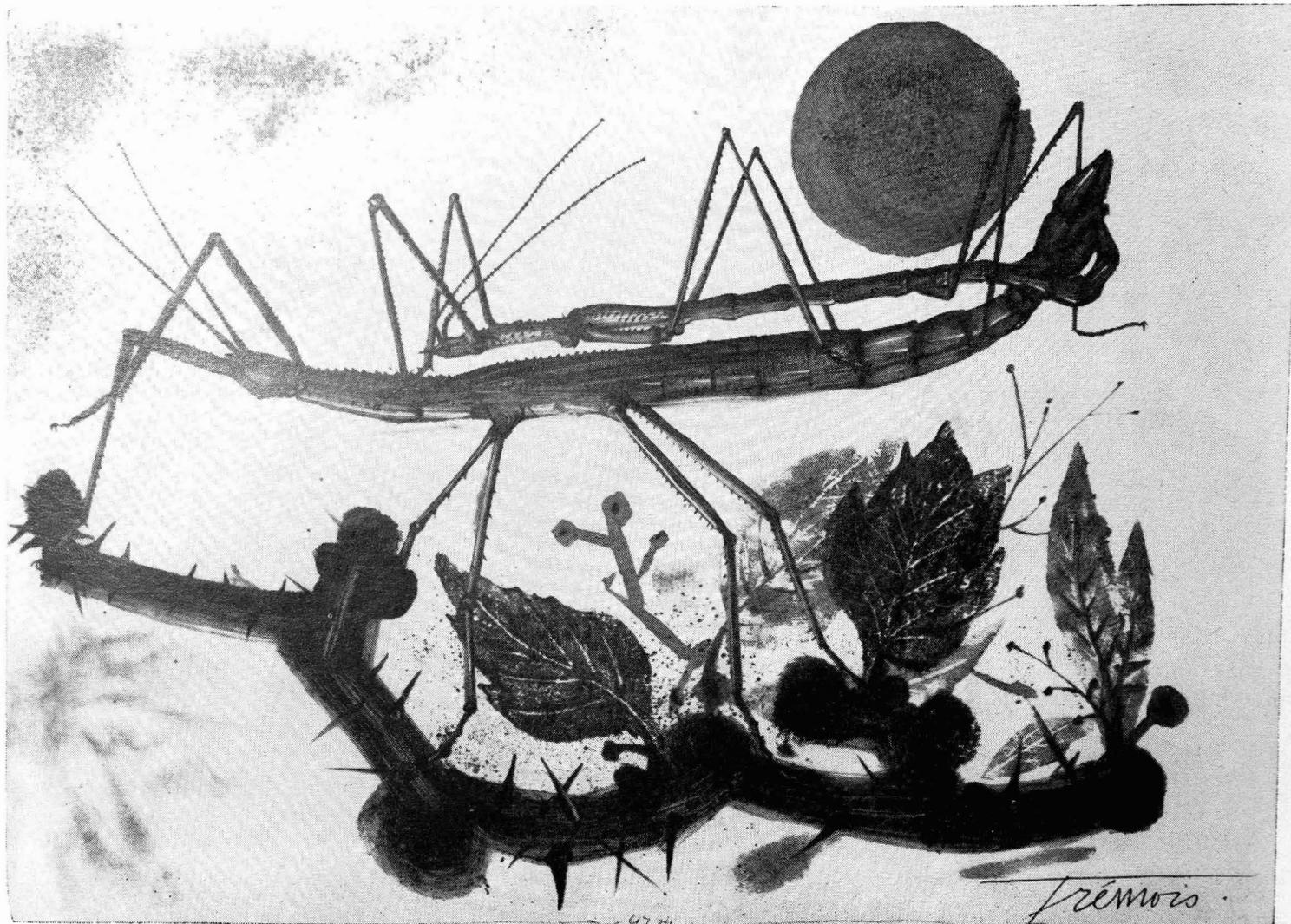
# Los orígenes instintivos de la agresividad

Por Armando SUÁREZ

“Imaginémonos a un etólogo en Marte que investigara el comportamiento social humano con ayuda de un telescopio cuyo aumento no permitiera distinguir bien a los individuos ni seguir su comportamiento individual, pero sí observar acontecimientos masivos como migraciones, batallas, etcétera. Jamás se le ocurriría pensar que el comportamiento humano fuera regido por la razón o incluso por una moral responsable, sino que deduciría que la sociedad humana está estructurada de manera semejante a la de las ratas, que también son sociales y pacíficas dentro de la propia familia, pero se convierten en verdaderos demonios contra todos los congéneres que no pertenecen a su partido. Si además nuestro observador conociese el aumento explosivo de la población, la destructividad creciente de sus armas y la distribución de la humanidad en pocos grupos políticos, no vería su futuro más optimistamente que el de unas pocas sociedades de ratas hostiles entre sí sobre un barco a punto de quedar vacío de todo alimento”. Este diagnóstico ha sido formulado por uno de los biólogos de más jerarquía en la actualidad, el etólogo austriaco Konrad Lorenz, en un libro admirable consagrado al estudio de la agresividad. *Das sogenannte Böse. Zur Naturgeschichte der Aggression* (El pretendido mal: Sobre la historia natural de la agresividad) es el resultado de más de 50 años de estudio atento, lúcido y apasionado de la vida en todas sus manifestaciones comportamentales. Sus conclusiones deben constituir materia de meditación para todos los que se preocupan del presente y el futuro del hombre no de una manera puramente idealista, sino consciente de su condición de eslabón último —por el momento— de una cadena evolutiva.

Lorenz puede ser considerado el fundador de la Etología contemporánea. Discípulo del zoólogo Heinroth en los tiempos en que la psicología animal empezaba a independizarse de la psicología humana, se enfrentó pronto, forzado por sus propias observaciones, con las dos corrientes psicológicas dominantes a principio de siglo: el behaviorismo (y la reflexología) por una parte y las diversas corrientes vitalistas (“purposive psychology” de Mc Dougall, “élan vital” de Bergson, etcétera) por otra. Para los behavioristas, que habían hecho suyo el adagio cartesiano “Animal agitatur, non agit”, la conducta animal era siempre reactiva: reflejos absolutos o condicionados a estímulos del ambiente. Mc Dougall respondía: “The healthy animal is up and doing”; pero tenía esta espontaneidad del comportamiento como el efecto de una fuerza vital oscuramente definida y consideraba inútil todo intento de analizar ulteriormente sus causas. Lorenz defiende contra los primeros la espontaneidad del comportamiento animal: efectivamente todo animal sano se mueve y hace algo; pero piensa que esa espontaneidad es analizable y no una fuerza misteriosa.

Lo que los zoólogos Withman y Heinroth descubrieron independientemente uno del otro fue que ciertos comportamientos animales son tan constantes y específicos como cualesquiera de las características somáticas (composición ósea, dientes, etcétera) que se utilizan para la clasificación sistemática de las especies. El carácter innato de ciertas conductas y su configuración estereotipada y específica las hacía reducibles a caracteres hereditarios y permitía explorar sus causas en los mismos mecanismos que determinan la evolución biológica general.



“en todo auténtico amor se esconde una considerable suma de agresividad”

Es así como ha comenzado a constituirse esta nueva ciencia, la etología, como una "biología del comportamiento". Su objeto es el estudio causal del comportamiento animal comparado. Su enfoque es decididamente objetivista. Frente a los vitalistas del tipo Buytendijk o Bierens de Haan, se niegan a atribuir a las motivaciones subjetivas o vivencias (Erlebnisse) verdadera causalidad eficiente en la conducta; no niegan la existencia de tales vivencias en el animal, pero sí su accesibilidad a la investigación. La etología se propone estudiar las motivaciones psicofisiológicas tal como se ofrecen a un análisis objetivo de sus manifestaciones comportamentales y de sus procesos fisiológicos.

Los etólogos extraen su conocimiento en primer lugar de la observación del animal en su propio medio ecológico, no del laboratorio. No sin razón reprochan a los behavioristas su desconocimiento del animal: le someten a pruebas (laberintos, etcétera) que nunca les plantea su propio medio natural y de ahí que no puedan reconocer lo que el animal es capaz de hacer espontáneamente.

El estudio de la conducta animal les ha llevado a la rehabilitación del concepto de instinto, tan denostado por los behavioristas. Para Tinbergen, colaborador de Lorenz, el instinto no es una fuerza oscura, sino un "mecanismo neurofisiológico, jerárquicamente organizado, que reacciona a determinados impulsos incitantes, desencadenadores y directivos, tanto internos como externos, mediante movimientos coordinados conservadores del individuo y de la especie".

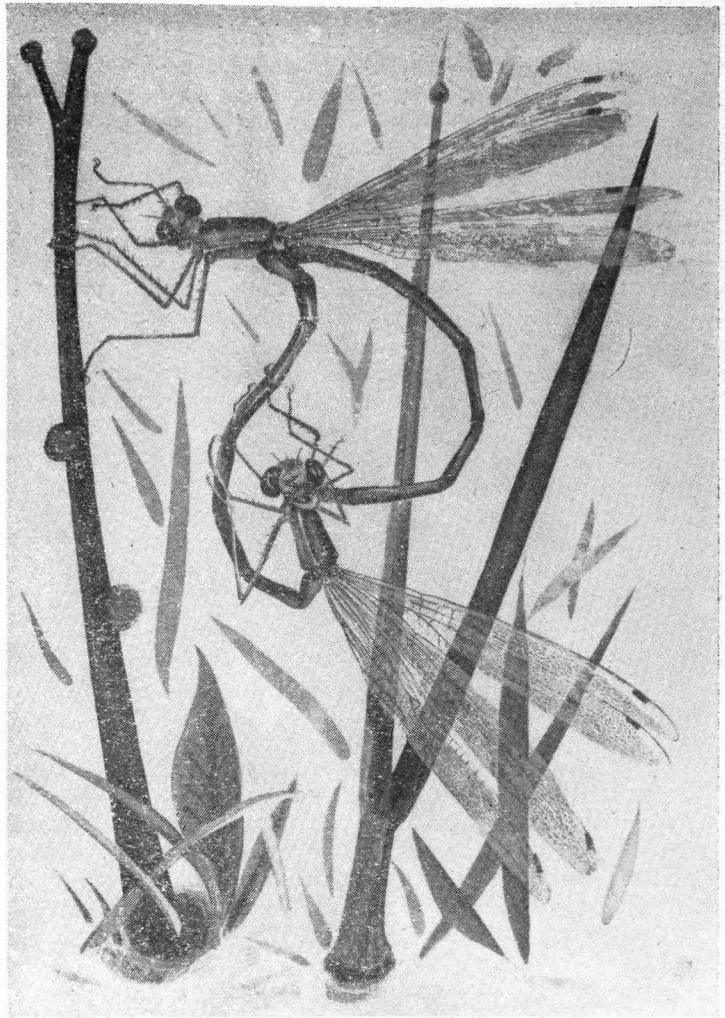
El comportamiento animal, en efecto, no es puramente "reactivo", reflejo, sino internamente motivado, "espontáneo". Los estímulos del ambiente a los que reacciona el animal motivado con su conducta no son cualesquiera, sino muy específicos. El animal no reacciona ante todo lo que comprobadamente puede percibir, sino ante muy pocas señales o estímulos-clave del objeto o situación correspondientes. Un espinoso (pez) por ejemplo, no reacciona agresivamente en la época de celo ante cualquier otro espinoso que invada su territorio, sino ante aquel que tiene el cuello y vientre rojos. Esto ha sido averiguado aplicando un método peculiar de la etología: la utilización de señuelos, modelos de los animales o situaciones normalmente desencadenantes de una conducta instintiva, a los que se modifica en sus características (tamaño, forma, color, movimiento, etcétera). El método de los simulacros ha mostrado que muchas de las características del animal o de la situación son irrelevantes y sólo unas pocas son capaces de desencadenar una conducta instintiva.

El comportamiento instintivo termina siempre en una "acción consumatoria" (despedazar la presa, huir con determinados movimientos, devorar la comida, copular, etcétera). La conducta animal es finalista o "purposive" en el sentido de que no descansa hasta que se produce esta acción consumatoria, que agota el "Trieb" o impulso; pero no lo es si se considera el objeto o la situación que la desencadenan o el resultado biológico que con ella se obtenga. La prueba está en el hecho de las "acciones en el vacío": desplegar todos los movimientos copulatorios sin que exista la pareja o los de caza sin que haya ninguna presa visible. El objeto o situación desencadenante son, pues, una condición normal, pero ni necesaria (actividades en el vacío), ni suficiente (cuando el animal no está internamente motivado: el animal saciado no reaccionará ante la más apetitosa de las comidas).

La descarga de estos instintos está determinada, pues, por una doble serie de factores endógenos y exógenos y sometida a ritmos biológicos. Cuando el animal está motivado y no tiene a su alcance el objeto o situación que permitiría desencadenar su descarga, se pondrá en su búsqueda y desarrollará lo que los etólogos llaman un "comportamiento apetitivo".

Dentro de los patrones instintivos de conducta la articulación de lo aprendido y lo innato es sumamente compleja y distinta según las especies. Lo innato señala, cuando menos, los límites de lo que puede ser aprendido: hay aves que no pueden reconocer nunca individualmente a sus crías y otras que aprenden a conocerlas a los 5 u 8 días de salir del cascarón.

Los instintos se organizan en forma jerárquica, de tal modo que unos pueden inhibir a otros o motivarlos y determinar su secuencia temporal. Hasta ahora no se ha llegado a una clasificación satisfactoria de los instintos, ni se podrá llegar hasta que no se tengan "etogramas" completos de todas o la mayoría de las especies animales. Con todo, Lorenz distingue cuatro grandes instintos: hambre, sexualidad, huida y agresividad. Se



"rehabilitación del concepto del instinto"

trata más bien de cuatro funciones biológicas a las que sirven varios instintos, distintos en cada especie.

En una u otra forma, todos los animales disponen de instintos agresivos, esto es, de instintos cuya "acción consumatoria" implica daño a la integridad corporal de otro animal. ¿Cuál es el valor biológico de la agresividad? Como buen darwinista, Lorenz considera la evolución como producto de dos grandes factores: la mutación y la selección, los dos "grandes constructores" de la vida. Y lo que vale para las estructuras anatómicas, vale igualmente para los comportamientos. Luego un instinto estará biológicamente legitimado si sirve a la conservación de la especie; si no, se atrofiará, perecerá con la especie o evolucionará hacia otra forma más apta. Ahora bien, ¿cuál es la contribución de la agresividad a la conservación de la especie?

Hay que distinguir diversas formas de agresividad. Hay agresividad dirigida contra otros animales o extraespecífica y hay agresividad intraespecífica, contra los animales de la propia especie. El ejemplo más obvio del primer tipo es la lucha entre el depredador y su presa. Los animales no vegetarianos se alimentan de otros animales a los que tienen que dar caza y apresar. La conducta típica de la presa es la huida: por lo general no lucha con su depredador, a menos que no le quede otro remedio. Normalmente la actividad de caza, apresamiento, etcétera, del animal de presa está determinada por su hambre; pero si, por circunstancias ajenas a su medio natural, el animal no tiene que ejercitar estas actividades para obtener su alimento, esto no impedirá que desarrolle comportamientos cinéticos, porque ese instinto, aunque normalmente motivado por el hambre, tiene una cierta autonomía y puede llegar a ejercitarse en el vacío. En todo caso es importante subrayar que esta lucha entre el depredador y su presa *nunca* lleva al exterminio de la presa: como especies llegan a un equilibrio estable entre ambas. Antes morirían de hambre los leones que matar a los últimos antílopes.

Lo que amenaza a una especie no es la actividad exterminadora de sus depredadores, sino la de aquellas otras especies rivales que se alimentan de las mismas presas que ella en los mismos lugares. El origen de la agresividad verdaderamente destructiva de especies vivientes es la rivalidad. Cuando el din-

go, un perro primitivo, llegó a Australia, no exterminó ninguna de las especies animales de las que se alimentaba, pero acabó con aquellas que cazaban lo mismo que él: sus métodos "modernos" de mamífero desplazaron a sus rivales marsupiales, que no disponían sino de técnicas muy primitivas. Ahora bien, la concurrencia es más fuerte que nunca dentro de la misma especie. Nos encontramos aquí frente a una paradoja biológica: como instinto, la agresividad se legitima por su contribución a la conservación de la especie; pero como tal instinto, es la concurrencia intraespecífica lo que lo activa al máximo, poniendo en peligro a la propia especie. ¿Para qué sirve, pues la agresividad intraespecífica? Su función principal es operar una distribución equitativa del espacio vital o biotopo. Donde los medios de subsistencia no son ilimitados y no hay razones especiales para que se realice una concentración social en un espacio reducido, lo mejor es que los individuos se repartan equitativamente el terreno disponible y para evitar el peligro de agotar el biotopo dejando otros baldíos, la agresividad hará que los animales se ahuyenten mutuamente. Cuando no existe esta razón ecológica (como en muchas especies nómadas) la agresividad intraespecífica sirve para seleccionar (a través primero de la selección sexual) buenos defensores de la familia o la manada. Claro que la evolución suele emplear muchos métodos para resolver un mismo problema: así como la distribución equitativa del biotopo puede obtenerse, en animales no "territoriales" como las ranas, sin agresividad, mediante un mecanismo de evitación, así también la selección sexual puede llevarse a cabo mediante una concurrencia no agresiva de estructuras y movimientos vistosos. Pero aquí se descubre un fenómeno muy importante: cuando la selección se opera a través de la concurrencia intraespecífica, sin relación con el medio ecológico extraespecífico, la evolución entra en un callejón sin salida. El desarrollo de la cornamenta en los ciervos, favorable a la selección sexual, es pernicioso para la especie, cada vez más inerme frente a sus depredadores, de los que no se defiende con sus cuernos, los cuales en cambio contribuyen a quitarle agilidad para la huida. El hombre ha caído especialmente en esta "hipertelia": ha exterminado a sus peores enemigos, el lobo y el oso, pero para convertirse en su propio enemigo: *Homo homini lupus*. Ni el hambre, ni el frío ni los animales feroces ejercen ya sobre su evolución una presión selectiva y el único factor operante parece ser la guerra.

La agresividad intraespecífica tiene también otra función (sobre todo en los animales sociales): el establecimiento de una jerarquía social. Cada animal debe llegar a saber quién es el más fuerte y el más débil. El resultado para la conservación de la especie es el mantenimiento de un orden social y la evitación de luchas fratricidas, al menos entre los congéneres de muy distinto rango.

Con todo, por muy útiles que sean las funciones de la agresividad entre congéneres sus peligros son evidentes y los grandes constructores de la evolución han producido igualmente los medios comportamentales de impedir sus consecuencias dañinas. El medio más simple ha sido el de prolongar el tiempo que media entre los primeros gestos de amenaza y la lucha final cuerpo a cuerpo. El paso siguiente ha sido la ritualización del combate, llegando a configurar verdaderos torneos caballerescos o deportivos. La ventaja de estos procedimientos consiste en permitir dilucidar el rango de los contendientes sin llegar al derramamiento de sangre: cuando uno de ellos es notablemente inferior tiene tiempo y ocasión de abandonar la lucha. Otro procedimiento más extendido y eficaz aún es la formación de mecanismos de inhibición que impiden atacar mortalmente a los congéneres. Estos mecanismos se encuentran donde menos se los espera: en las madres respecto de sus crías. Una pava, por ejemplo, tiene que defender su nido contra ratas, cornejas, etcétera, y contra congéneres que pretenden arrebatarle su posición y tiene que ser tanto más agresiva cuanto más cerca esté el otro animal del centro de su nido; pero el animal más cercano es su propia cría. Si tales animales no atacan a sus crías no es en virtud de una ley natural de amor materno, sino porque la cría emite señales-estímulo que activan en el progenitor un mecanismo de inhibición contra la agresividad. En la pava, por ejemplo, esos estímulos son de orden acústico: pavas a las que se ha vuelto sordas quirúrgicamente, al no oír el piar de sus crías, las matan y devoran al instante.

Hay inhibiciones contra la agresividad intraespecífica que protegen no sólo a la propia cría, sino a todos los pequeñuelos de la especie (así entre los perros), a las hembras en general (en muchas aves, reptiles y mamíferos) y a los miembros de la propia manada. Los estímulos de tales inhibiciones pueden ser acústicos, olfativos, visuales, etcétera; frecuentemente se

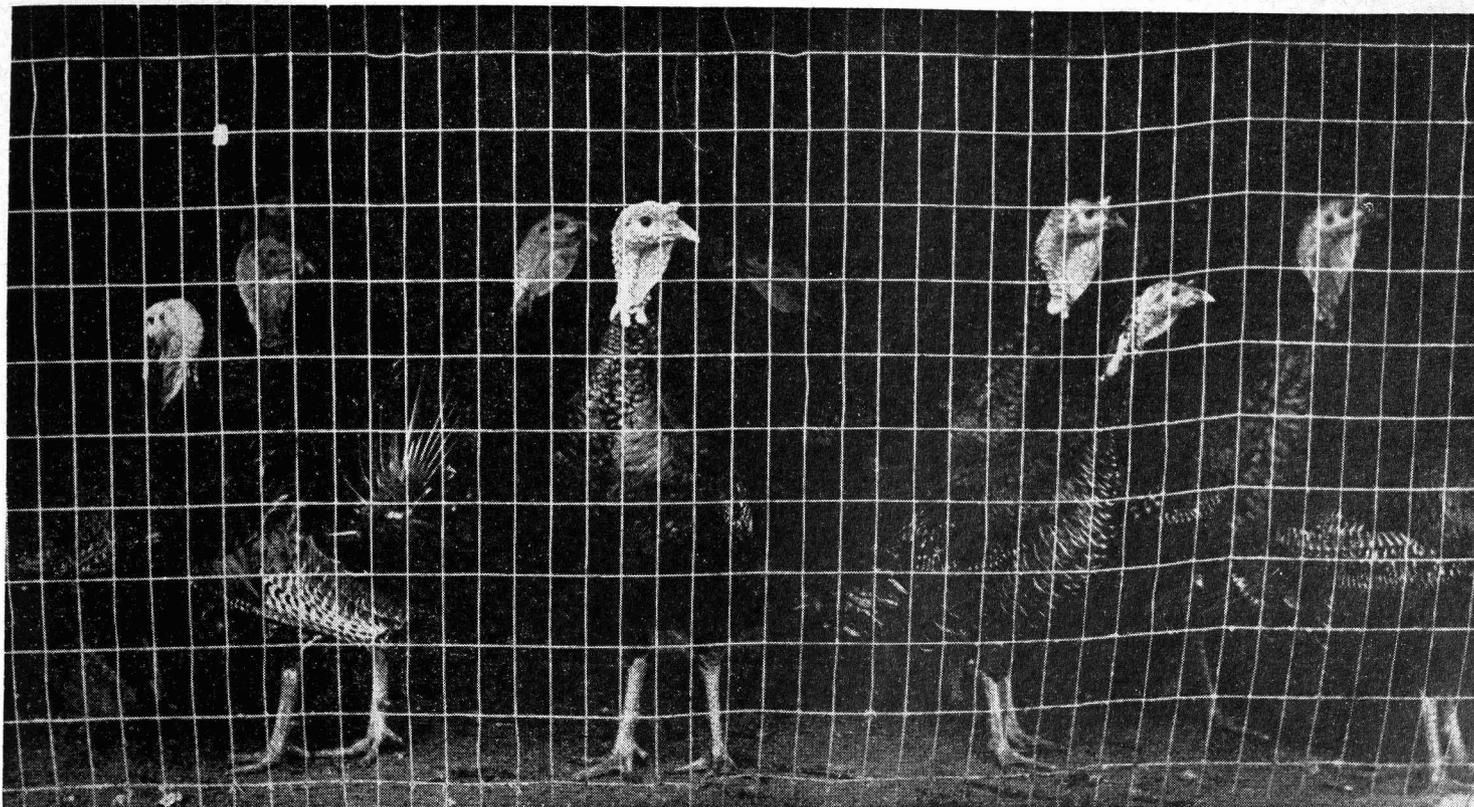
trata de gestos y actitudes propias de los pequeñuelos o de las hembras en celo, actitudes de "humildad" o "reconciliación" que desarmen al congénere agresivo.

Pero hay una forma aún más eficaz y asombrosa de contrarrestar la agresividad intraespecífica, que consiste en desviarla de un congénere especialmente conocido a otro (o a otro animal u objeto) anónimo, mediante una reorientación ritualizada del gesto agresivo, que viene a constituir desde entonces un vínculo personal entre los primeros. Lorenz ha estudiado este fenómeno muy minuciosamente en las percas y en los gansos. El ataque que ha sido provocado por un individuo es desviado de éste hacia un ser anónimo. Esta relación supone un conocimiento y una vinculación especiales, que permiten reconocer al "amigo" en todas las diversas circunstancias de la vida. Lorenz entiende que hay relaciones personales entre dos animales cuando uno desempeña un papel en la vida del otro que no cualquier otro individuo de la especie puede desempeñar y que están basadas en las características individuales de uno y otro y no en rasgos meramente específicos. La forma primitiva de esta vinculación personal, que constituye la base de la sociedad humana, hay que verla en la pareja que cuida en común de la prole.

Hay animales que han llegado a prescindir de toda agresividad intraespecífica y que viven en grandes masas. Deberían estar predestinados a formar amistades duraderas, pero no es así: su cohesión es siempre anónima. Ningún individuo es para otro mejor que otro individuo de la especie. Sólo encontramos vínculo personal en animales con agresividad intraespecífica muy desarrollada y ese vínculo es tanto más fuerte cuando más agresiva es la especie animal. Apenas hay peces más agresivos que las percas, ni pájaros más belicosos que los gansos. El más agresivo de los mamíferos, el lobo (la "bestia senza pace" del Dante) es el más fiel de los amigos. El vínculo personal ha nacido (para reforzar una unión funcional en vistas de un objetivo común: la cría de la prole) de la agresión intraespecífica, a través de la ritualización de un ataque o una amenaza reorientados. Los ritos así originados están ligados a la persona del compañero y se vuelven una necesidad como toda actividad instintiva autónoma: la presencia del compañero se vuelve una necesidad imprescindible y su ausencia demasiado prolongada da al animal todos los rasgos de la melancolía y de la carencia afectiva.



"la acción consumatoria implica daño a la integridad corporal"



*"Cada animal debe llegar a saber quien es el más fuerte y quien es el más debil"*

La agresividad intraespecífica es más antigua, en millones de años, que la amistad personal y el amor. Durante largas épocas de historia terrestre hubo animales extraordinariamente feroces y agresivos. Casi todos los reptiles que conocemos lo son. Vínculo personal, en cambio, lo conocemos sólo en los peces osteómeros, las aves y los mamíferos, grupos que no surgieron sino muy avanzada ya la evolución. "Hay, pues, agresividad intraespecífica sin su opuesto, el amor, pero en cambio *no hay amor sin agresividad.*"

Con la constitución del vínculo personal no se suprime la agresividad, tan necesaria para la defensa de la familia, sino que se canaliza hacia fuera. Pero "en todo auténtico amor se esconde una considerable suma de agresividad, cubierta por el vínculo que, al ser destruido, produce ese horrible fenómeno que llamamos odio". "A diferencia de la agresividad habitual, el odio se dirige contra un individuo, exactamente como el amor que es su presupuesto: no se puede odiar sino lo que se ha amado y, aunque se pretenda negarlo, todavía se ama." El amor es el último y más brillante logro de la evolución, pero también el más amenazado. En el hombre, su poderío está muy lejos de haber absorbido todos los efectos nefastos de la agresividad intraespecífica. "El hombre, escribe Lorenz, es el 'último grito' de la evolución, pero no desde luego su última palabra". "¡El eslabón de enlace tanto tiempo buscado entre los antropoides y el hombre verdaderamente humano *somos nosotros!*"

El don del pensamiento, máxima bendición del hombre, ha agravado las consecuencias de la agresividad intraespecífica por tres razones. En primer lugar, los mecanismos de inhibición fracasan desde el momento en que el hombre ha inventado armas (desde el hacha hasta la bomba atómica) separadas del cuerpo e incommensurables con él. En todas las especies animales en que se dan, tales inhibiciones están en proporción con la eficacia mortífera de sus armas naturales: el lobo, que puede matar a un congénere de una dentellada en el cuello, dispone de las inhibiciones más fuertes y seguras contra esta tentación. El hombre ha creado armas que pueden matar a distancia y en un instante, antes de que la víctima pueda hacer ningún gesto de conciliación.

Los logros de la civilización han sustraído en gran medida al hombre de la presión selectiva de la naturaleza. "Es más que probable que las malas consecuencias de los instintos agresivos humanos, para cuya explicación Freud postuló un instinto de muerte especial, se deban simplemente a que en los tiempos prehistóricos la selección intraespecífica ha cultivado y desarrollado en el hombre un grado de agresividad instintiva para la cual el orden social actual no ofrece una válvula de escape adecuada."

A la eficacia de las armas y a la selección intraespecífica se añade como tercera fuente del mal el vertiginoso ritmo de evolución acelerada que el hombre ha debido aceptar con el don del pensamiento. "Todas las adquisiciones culturales tienen una falla: afectan sólo a aquéllas cualidades y funciones influenciadas por modificación individual y por aprendizaje. Pero muchas de nuestras formas de conducta innatas y específicas *no* lo son: el ritmo de su modificabilidad en la evolución ha permanecido el mismo que el de cualquier otra característica corporal." El ritmo histórico supone una aceleración geométrica del ritmo biológico y los mecanismos innatos de adaptación tenían que fracasar ante una transformación tan vertiginosa de las condiciones vitales.

Claro que con el pensamiento aparece en el hombre también la responsabilidad moral. Su primera contribución tenía que ser la de restablecer el equilibrio perdido entre los instintos agresivos y las inhibiciones específicas contra ellos. Pero la moral cultural ha ido más allá, exigiendo amor por todos los semejantes, aún los desconocidos e incluso los enemigos: ningún instinto puede inclinarnos a tal cosa. Es más, la civilización industrial presente, basada en la implacable competencia económica, actúa selectivamente contra los esfuerzos de la moral, premiando a los menos honestos y a los más agresivos socialmente. La discrepancia entre lo que el hombre está dispuesto a hacer en favor de la comunidad por inclinación natural y lo que ésta exige de él, se hace cada vez mayor y por lo mismo más difícilmente superable a base únicamente de responsabilidad moral. La moral responsable no es, en última instancia, más que un mecanismo de compensación que adapta nuestro repertorio instintivo a las exigencias de la vida cultural y forma con ellos un total sistema funcional. Sería peligroso exagerar el poder de esa moral. Para Lorenz las inclinaciones naturales del hombre no son tan malas; lo que pasa es que el hombre no es suficientemente bueno para las exigencias de la vida social contemporánea. Pero, si estas exigencias se vuelven cada día más inhumanas, ¿qué haremos para salir del círculo vicioso?

Hay medios desde luego inconducentes: pretender eliminar toda situación que pueda estimular la agresividad o imponer prohibiciones moralmente motivadas aún más estrictas. La agresividad es un instinto que exige satisfacciones periódicas en una u otra forma y que no se podría erradicar sino mediante una eugenesia sistemática no aconsejable en modo alguno. Los únicos caminos son los del desplazamiento y los de la sublimación, proporcionando satisfacciones substitutivas y aumentando las vinculaciones personales entre individuos de distintos grupos humanos. El deporte, el arte, la ciencia y el humor son, para Lorenz, los caminos de la esperanza.